

REG. MUNICIPAL - B. 1071

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento, por el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.—Peregrinación del Pilar, por D. Laureano Plá.—La Montaña de Monserrat, por el abad de Monserrat.—El Conde de Lemos, por D. José María Asensio.—Los grabados, por X.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS.—El muy ilustre Sr. D. Miguel Muntadas y Romani, abad de Monserrat. Principal iniciador de las fiestas del Milenario.—Entrada de la peregrinación del Pilar en Santa Engracia de Zaragoza, en la tarde del 16 de los corrientes.—Peregrinos de Monserrat en el camino de Collbató.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »

Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr
Un año... 21 »

Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 28 de Abril de 1880.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.—Año IV.—Tomo III.

NÚMERO 40.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

El jueves 22 de los corrientes salía del cementerio de San Nicolas un cortejo fúnebre. Por esta vez no se cumplía la repetida observacion acerca del camino del campo-santo: «Por aquí siempre vuelve uno ménos de los que van.» Ahora volvía uno más de los que habian ido; uno más, exhumado del sepulcro por la posteridad, que pagaba justo tributo de veneracion á sus restos mortales.

La Congregacion de San Pedro Apóstol de Presbíteros Seculares Naturales de Madrid recogía en el cementerio de San Nicolas las cenizas del que fué su egregio presidente, D. Pedro Calderon de la Barca, para trasladarlos á su iglesia, situada en la calle de la Torrecilla del Leal, donde se le ha levantado un sencillo y cristiano sepulcro. A la ceremonia concurrieron muchas corporaciones y literatos ilustres, si bien no tuvo la pompa profana con que suelen celebrarse en Madrid los entierros de personajes eminentes. El piadoso autor de *La devocion de la Cruz* y de *La vida es sueño* no merecía ese ultraje, y por fortuna la traslacion de sus restos, con ser decorosa, no salió de los justos límites del funeral cristiano.

No podía esperarse otra cosa de la venerable Congregacion de Presbíteros Seculares Naturales de Madrid, depositaria de tradiciones gloriosas y de nobles ejemplos, vestigio venerable de la antigua corte de España, institucion que ha respetado el siglo presente para que sea lazo de union entre los pasados y venideros.

Por esto se ha complacido en recabar como suyos los restos de Calderon de la Barca, si no la única, una de las más brillantes glorias que atesora y uno de los ejemplos más dignos de imitarse. Calderon de la Barca es acaso el prototipo del genio español en las edades pasadas, y sus obras el último esplendor de la cultura antigua que iba á eclipsarse entre las sombras del espíritu revolucio-

cionario, que es, por su propio nombre, el espíritu de las tinieblas.

Los Presbíteros Naturales de Madrid que han llevado á su hogar los restos de Calderon acreditan ser dignos de la Congregacion á que pertenecen, y dignos hermanos del sacerdote ilustre que ha honrado á España con el esplendor de sus obras.

Este nuevo entierro de Calderon se ha dado la mano con una nueva aparicion de Castelar.

El orador famoso que, despues de atraer sobre España las tempestades de la demagogia, corrió á esconderse bajo los girones de su antigua bandera para que pasasen por cima las hordas de Espartaco, va sa-

cando ahora la cabeza donde quiera que se le ofrece ocasion, y mostrándose de nuevo coronado con los laureles de sus antiguos deplorables triunfos.

Nueve años hace que fué elegido académico de la Española; pero embargado por los altos intereses del Estado y por las dificultades no escasas de escribir un discurso académico, habia retrasado el momento de tomar posesion de su plaza hasta el último domingo, en el cual se celebró su recepcion solemne y pública.

Desde que tuvo lugar la restauracion de la monarquía en España, el Sr. Castelar no ha dejado un año de anunciar su entrada en la Academia; sin duda el carácter eminentemente conservador de este instituto, dedicado á conservar la lengua castellana, era poderoso imán para el corazon arrepentido del orador demócrata, y deseaba hacer esta profesion solemne de su amor á las tradiciones de la patria. Pero pasaban los años; los anuncios no se cumplian; y aunque el Sr. Castelar es hombre de facundia y de los que no se paran en barras, su discurso no parecia.

Por fin sonó la hora suprema, la hora del gran espectáculo: el señor Castelar se presentó á las puertas de la Academia con un enorme mamotreto bajo el brazo, y dijo á la docta corporacion:

—Ahí está eso. El público espera de mí un gran discurso: desafío al mejor lector de la Academia á que lo lea en ménos de seis horas.

Y en efecto; el discurso es un gran discurso, mide 72 páginas. Un amigo nuestro ha calculado que; puestas las líneas una tras otra, sumarían una extension de 291 metros; lo que equivale á decir que es un discurso de mucho alcance.

El orador se ha propuesto demostrar que el siglo XIX es el siglo más artístico y más poético que ha existido en la historia, y al efecto rompe por los campos de su fantasía, y amontona frases y frases para levantar con ellas el monumento de esta edad, que ha producido «el orador sin igual en el siglo de los grandes oradores,» al decir del Sr. Canalejas, padrino del disertante.



EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON MIGUEL MUNTADAS Y ROMANÍ,
ABAD DE MONSERRAT.
Principal iniciador de las fiestas del Milenario.

El discurso, llamémosle así, es un extracto de las peroraciones más *cosméticas* del señor Castelar; un confuso cajón de sastre con retazos de telas pasadas de moda; un cosmorama con vistas de relumbron; un mosaico caprichoso de diamantes americanos; un revoltijo de lugares comunes, adobado con la panacea del doctor Garrido. No busqueis, en los 291 metros de discurso, teorías claras y terminantes, ilación de ideas, rigor de principios, convicciones bien definidas; nada de eso: ni el señor Castelar ha querido escribir un verdadero discurso académico, ni hubiera podido hacerlo aunque lo hubiera intentado. El Sr. Castelar es un poeta, no un filósofo, ni un crítico; un poeta, á veces brillante, á veces chavacano, desigual siempre, fosforescente y fantasmagórico.

Para probar que el siglo XIX es un siglo eminentemente artístico, nos habla de la catedral de Toledo, del *Quijote*, de la Edad Media, etc., etc.; pero ni una palabra de las ruinas amontonadas por la revolución, de los cuadros de Zurbarán y de Juan de Juanes *desamortizados*, de tantos monasterios convertidos en cuarteles, ni de Emilio Zola y de Paul de Kook, representantes de la última evolución de la literatura contemporánea.

El público aplaudió el discurso, y es natural, porque Castelar declama muy bien, aunque es algo monótono; hace frases sonoras, aunque no tengan sentido; y en fin, hay momentos en que el instrumento de su voz y las notas de sus palabras os producen un efecto armónico, semejante al violín de Monasterio ó de Sarasate.

Sin embargo, música por música, preferimos mil veces la Sociedad de Conciertos y las sinfonías de Beethoven.

**

Sirve de gran consuelo á nuestro corazón, en medio de las desventajas de estos tiempos, el ver cómo renacen en la bendita tierra de España las flores de los claustros. La Orden esclarecida de Padres Predicadores, que es uno de los más gloriosos timbres de nuestra patria, va poco á poco propagando sus santas semillas, y restaurando los caídos muros de sus casas, monumentos preciosos de la religión y del arte.

Con fecha 31 de Marzo ha sido devuelto á los Padres Dominicos el convento de San Estéban de Salamanca. Esta casa, contemporánea de la ilustre Universidad, que restauró la medicina á fines del siglo XIV, que dió un nuevo giro á la ciencia teológica en el primer tercio del siglo XVI, que abrió sus puertas á Colón y prestó apoyo á sus descubrimientos, que asombró por su sabiduría á la Iglesia congregada en Trento, y fué siempre celebrada por el rigor de su observancia y por la pléyada de sus varones esclarecidos en la virtud y en las ciencias, venía siendo cuartel desde los días de la excomunión, y la iglesia amenazaba ruina. Varios Padres Dominicos elevaron, en 18 de Febrero de 1878, una exposición al Gobierno en que, después de enumerar los altos merecimientos de aquella ilustre casa, añadían: «Pedimos que se nos entregue á los exponentes el edificio de San Estéban, íntegro, y se nos permita vestir el santo hábito y la observancia de la vida religiosa, según el espíritu y constituciones de la Orden; y por último, que si, como es de esperar, *todo sucediese prósperamente* á la comunidad, pueda preparar en él, contando con medios suficientes, un *plantel de misioneros* que reanuden algún día la serie de ilustres mártires y celosos varones que llevaron el Evangelio y la civilización á las dos Américas y al Asia.»

La petición ha sido atendida, y ántes de pocos meses el famoso convento de San Estéban volverá á ser habitado por sus legítimos dueños, reanudando la serie de sus glorias y de sus tradiciones.

También el convento de Dominicos de Vitoria, fundado en 1194 y convertido por la revolución en cuartel, ha sido devuelto á la Orden y recibirá de nuevo á sus antiguos moradores. Por último, el día 18 del corriente inauguró en Albacete un colegio de Dominicas Terciarias de la Enseñanza, en cuya fiesta solemnísimamente predicó con su acostumbrada elocuencia nuestro docto amigo el P. Martínez Vigil, procurador general de la Orden en España.

¿Quién no ve en estos hechos síntomas consoladores de mejores días para la religión y para la patria? Acaso los huracanes de la revolución tronchen en flor estos santos retoños de los antiguos monasterios; pero no importa; su martirio será fecundo, y

la tierra que hoy produce estos frutos producirá mañana abundante cosecha de glorias monacales.

**

Por las noticias que van llegando, el Milenario de Montserrat no ha desmerecido, ántes ha sobrepujado, las esperanzas que nos hicieron concebir los preparativos y programas.

La concurrencia ha sido inmensa, no sólo de catalanes, sino de peregrinos de toda España, notándose entre ellos muchos sacerdotes y personas muy acomodadas. Á pesar de la gran aglomeración de gente, tan bien previsto estaba todo, que nada ha faltado á los peregrinos; verdad es que allí nadie buscaba comodidades, porque esta Peregrinación, á semejanza de la del Pilar, ha sido de verdadera devoción, y para muchos de dura y edificante penitencia.

Los catalanes han mostrado, como no podían menos, su devoción ardiente, valerosa y entusiasta, siendo sus cánticos en la Santa Montaña el eco de la piedad española, repetido por las rocas, como la sucesión de angelicales coros postrados ante el gigantesco altar de la Virgen de Montserrat.

Han asistido á la fiesta, además del Nuncio de Su Santidad, los reverendos prebostes de Barcelona, Girona, Lérida, Vich, Urgel, Tortosa y Menorca, acompañados de numeroso clero de sus iglesias catedrales. Según tenemos anunciado, las funciones continuarán hasta los primeros días de Mayo, rivalizando diversas corporaciones de Cataluña en estos homenajes de amor á su excelsa Patrona.

V. P. NULEMA.

CERVANTES ESCLAVO

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO.

En el verano de 1606 todo era animación y júbilo Madrid, al recobrar la preeminencia de corte, que cinco años ántes le había arrebatado la ciudad del Pisuerga. Ampliábanse casas y templos; erigían los flamencos y portugueses dos caritativos hospitales para sus enfermos y pobres; transformábase la parroquia de San Gil en convento insigne de Franciscanos recoletos; y el religioso trinitario Fray Juan Bautista comenzaba la reformatión de su orden con la fábrica de valiente asilo para sus hermanos descalzos, á espaldas de la huerta famosísima del duque de Lerma, palacio y jardín hoy del de Medinaceli. Pocos meses bastaron para que la benéfica piedad cristiana añadiese un templo más y un edificio útil al que ya decimos oportunamente barrio de las Musas.

A esta sazón llegan nuevas de los horribles desacatos é irreverencias cometidos en Londres, año de 1607, contra la Sagrada Eucaristía, por el ciego fanatismo luterano, y en desagravio á la Divina Majestad ultrajada resuelven fundar una Hermandad y Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento en el nuevo edificio de los Trinitarios descalzos de Jesús, Redención de cautivos, el ministro de la Orden Fray Alonso de la Purificación y el gentil hombre de cámara y regio aposentador D. Antonio de Robles y Guzmán. Verifícanlo á 28 de Noviembre de 1608; á 7 de Diciembre dícese la primera misa; tiénese el 28 la primera junta, la segunda en 4 de Enero de 1609, y el padre provincial, á 2 de Febrero, aprueba las ordenanzas, libra la carta de hermandad y escribe para el rezo de los esclavos muy linda corona de flores. El Nuncio autorizó, en 28 de Marzo, que pudieran éstos colgar la iglesia y tener música; y pronto se vió inscrito en la hermandad cuanto lucido y noble encerraba en sí la capital de dos mundos. Al lado del patriarca de las Indias, presidente de Castilla, cabe los procuradores á Cortes, codeándose con el regente de Nápoles, consejero de Italia; al par de los ministros y secretarios de S. M.; de áltivos próceres, cual el duque de Osuna; de sujetos respetabilísimos, como el Caballero de Gracia, y de varones santos, como el Beato Simón de Rojas, sentábase en las juntas el carbonero de la calle de los Desamparados, el sastre Alonso González, el impresor Francisco de Espino, los cómicos López de Alcaraz, Sánchez, Villalba, Claramonte, Morales, Cebrian, Leon y Riquelme, y el humilde oficial, y el roto soldado, y el pobre jornalero.

Cerca de cuatro meses de existencia llevaba tan generosa fundación, cuando un anciano venerable

llenó así, de su puño, el blanco subsiguiente á renglón y medio abiertos por cabeza de nuevo registro, á la vuelta del folio 12, en el libro de asientos:

«RÍQUIOSE EN ESTA STA. HERMANDAD POR ESCLAVO DEL SMO SACRAMTO. A MIGUEL DE CERVANTES Y DIXO GUARDARIA SUS SANTAS CONSTITUCIONES Y LO FIRMO EN MD. A 17 DE ABRIL DE 1609,

esclavo del Smo. Sacramento
Miguel de Cervantes.»

Desde aquel punto, á ley de católico cristiano, jamás esquivó molestia Cervantes, ni rehusó fatiga ni encargo piadoso ú oficioso, ni olvidó la menor obligación de esclavo fiel y verdadero de la Divina Majestad. Prometió al recibir el escapulario de la Trinidad Santísima, y con religiosidad suma vino á cumplirlo durante los siete años que le restaron de vida, oír misa cada día, hacer en todos ellos por la noche exámen de conciencia, comulgar dignamente en el primer domingo de cada mes, rezar en este medio tiempo la corona de flores, no faltar nunca á los ejercicios de oración y disciplina que se tenían lunes, miércoles y viernes en la capilla de la congregación, visitar los hospitales y acompañar el cadáver de todo hermano, honrándole el día del entierro.

La fiesta del primer domingo de mes era magnífica; traíase música excelente para oficiar la misa mayor, como asimismo para las vísperas, completas y reserva; decía el sermón un orador de gran renombre, y acercábanse al sagrado convite cuatrocientos congregantes. Sucedia lo propio el día de la Concepción de Nuestra Señora, el de Reyes, el de la Conversión de San Pablo, el de la Purificación, los tres de Carnestolendas y el de San José; pero en la octava del Corpus se echaba el resto. Durante los cincuenta primeros años celebró la hermandad mil seiscientas noventa y cinco fiestas, haciendo más de treinta en cada uno.

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos que regeneraban el alma con deleite purísimo, rindiendo culto al Creador de todas las cosas, espaciando el corazón, engrandeciendo y avivando la mente, creando espíritu de fe y amor en el pueblo, de piedad y de caridad en los ricos y prepotentes, de resignación y esperanza en el pobre, de virtud y fraternidad en todos! Pintura, escultura, arquitectura, música, poesía, danza, representación; flores, árboles y olorosas plantas; saltos de agua, el fuego, los espejos, las joyas, los tapices y brocados; cuanto, en fin, atesoran la riqueza, la virtud y el ingenio, tanto prodigaba la criatura en debido homenaje á su Hacedor Supremo para deleitar, instruir y enardecer al hombre. Ennoblecíase la elocuencia, edificando entre los lejanos ecos del órgano; y la piedad, el fervor, la veneración, las dulces lágrimas, entre nubes de incienso que embalsamaban las muy engalanadas calles y se mezclaban á la fragancia del sándalo y juncia, de rosas y azucenas, hacían de los habitantes de Madrid ciudadanos del cielo.

¡Oh, cuán alegre y animoso, después de estas dulcísimas ocupaciones que no robaron el tiempo, sino que enriquecieron y templaron para lo noble y grande el espíritu, volvía Cervantes á su lóbrega y triste posada! Pero muy luego en espléndidos encantados alcázares transformábanla su imaginación juvenil, su bizarro ánimo ajeno de envidia, su pecho entregado á la voluntad del Omnipotente, su ingenio incomparable y su entendimiento clarísimo, cierto de que la felicidad no está aquí abajo. Cervantes levantó muy alto los ojos para no confundirse con los animales que los tienen fijos en la tierra, esclavos de su vientre.

Ni cómo se había de considerar aislado y sólo en su desnudo albergue de la calle de la Magdalena, ó de las Huertas, ó del Duque de Alba, ó del León, escuchando allí á cada hora las improvisas gracias del regocijadísimo Sancho, los razonamientos del discreto D. Quijote, y las aventuras de Persiles, y contemplando el humor de Tomás Rodaja y de don Diego de Carriazo, la limpia donosura de Preciosa, la andantesca intrepidez de las dos sevillanas doncellas, la honestidad y virtud de la toledana Leocadia, la hermosura de la Española-inglesa, la fatal imprudencia de Leonora y el descamino de Felipe de Carriales?

Rehecho en la iglesia y fortificado el espíritu, Cervantes halló siempre tiempo é inspiración propicia para todo. ¿Cuándo se le agotó nunca la inventiva y novedad en sus incomparables ficciones? ¿Cuándo echó de menos viva luz y hermosísimos colores para

sus cuadros, verdad y variedad pasmosa para las figuras, discrecion, profundidad y salvadora filosofía en los discursos, fluidez y frescura en el estilo, sonoridad, encanto y belleza sin igual para el lenguaje? No esterilizó ni envileció el ingenio con bufonadas impías; no hizo del truhan y chocarrero, ni del sofisticado y soñoliento embaucador, ni adormeció á la plebe y á los poderosos para chuparles la sangre. Con humildad practicó la cristiana virtud y sobrellevó con regocijo la santa pobreza. Atesoró bienes que el ladrón no puede arrebatar, ni la envidia y locura públicas destruir, ni el tiempo deshacer. Pasarán los pestíferos libros, los tribunicios discursos, las promesas falaces, las ditirámicas leyes; caerán despedazados las no siempre merecidas estatuas y soberbios mausoles: la gloria de Cervantes permanecerá.

Y ¿por qué? Porque se inspiró inmediatamente en la naturaleza y en Dios, y vivió cerca de Él y con Él; con Dios verdadero, no fabricado á nuestro antojo para poder cambiarlo, desfigurarlo y anonadarlo al compás de nuestras pasiones, de nuestra conveniencia, insensatez y capricho.

En vano la satánica soberbia fantaseará con el pincel de Káulbach, en los frescos del Museo Berlín, las inmaculadas figuras del cantor de la *Divina Comedia*, de Vives y de Cervantes, haciendo pedestal y séquito al inmundo heresiarca de Wittemberg; en vano audacia desenfadada intentará convertir en tinieblas el fulgor clarísimo de la cervantina pluma: la verdad, pujante como el sol, disipará y avergonzará muy pronto las nubes que se le atreven. Con razón llamó su siglo á Cervantes *cristiano ingenio*; porque no de otra suerte aparece ante la severa crítica, al estudio atento, á la observación juiciosa.

Y ¿cómo no ser así, cuando ni codicia, ni ambición, ni soberbia jamás infernaron su pecho?

Veintisiete cargos ú oficios se contaban en la hermandad, asequibles los más de ellos á cualquiera clase de personas. Apenas había entrado en ella Lope de Vega, cuando ya se le nombraba consiliario. Cervantes, ni pretendió ni obtuvo ninguno; y ¡propósito singular! sólo faltaba á una junta cada año: á la en que se elegían los oficios. Por el contrario, las actas pusieron de manifiesto y se gozaron en estampar que, entre los cuatrocientos esclavos de la Majestad Divina, era Cervantes uno de los treinta señores, pocos más, que con su santo celo y gran devoción acuden así á las fiestas como á lo demás que se ofrece á la congregación; no pareciendo justo que sea tan desigual la costa y el trabajo.

No pequeño le puso en traer, como trajo (9 de Marzo de 1610), á los cuatro más famosos recitantes ó faranduleros, Alcaraz, Sánchez, Villalba y Riquelme, autores de comedias, es decir, empresarios, al formal compromiso de «costear para siempre jamás» la fiesta del Santísimo en el glorioso día de San José; obligando á tener cada autor una caja donde, en recibiendo dinero cualquier cómico, echase algo de limosna; y en jurando, pusiera cada vez cuatro maravedís, y ocho si fuese caporal de compañía. Tres años después fué Cervantes de los que más contribuyeron á que la congregación se acercase al monarca, empeñándole en obtener de Su Santidad que en España y en toda la Cristiandad se celebrara, con suma devoción y pompa, la fiesta de San José.

Para las primeras del octavario del *Corpus*, de 1609, que magníficamente solemnizó la recién fundada congregación, no vino á detenerse un momento en designar á tres personas para que hiciesen versos en alabanza del Santísimo, y abrieran un certámen juntamente y dieran premios; siendo los tres sujetos honrados así un teólogo, un religioso trinitario y Miguel de Cervantes Saavedra. ¡Lástima que se hayan perdido aquellas tiernas composiciones, como otras asimismo de que voy á dar razón en seguida!

A 13 de Mayo de 1612, las dos docenas de hermanos que solían concurrir á las juntas dispusieron bizarramente, como de costumbre, las fiestas del octavario, ciertos de la piedad y sumisión de los demás, recetando sin escrúpulos, salvades ni rodeos: «Que para esta solemnidad traigan la Capilla Real D. Antonio de Borja y el Conde de Cantillana. Que la cera para el altar, para el convento y cantores, y las veinte y cuatro hachas y todas las que se necesiten para la procesion, las hagan traer y pagar (de su bolsillo por supuesto) el Marqués de Alcañices, el de Villanueva del Fresno, el Conde de Olivares y el Secretario de la Cámara.» A otros señores se les dió la incumbencia de los toldos, trompetas y atabales, colgar la

iglesia y la plazuela, hacer dos arcos de ramos y flores, uno á la entrada por la calle de las Huertas y otro á la subida por la de Francos. «Que el Duque de Lerma haga un altar en la plazuela de Jesus;» y habían de armar y enriquecer otros dos varios señores y personas de cuenta, de ellos el poeta D. Antonio Hurtado de Mendoza y Andres Moreto, tío del insigne dramático. A dos regidores de la villa se encargaron las danzas; á otros dos las espadañas y ramos; á otras personas las luminarias y fuegos; á quién el proporcionar la cruz de la parroquia y los sagrados ornamentos; y á quién levantar dos tabladillos, para asiento de los religiosos trinitarios el uno, y el otro para teatro, donde se había de representar el sábado por la tarde una comedia de Lope á lo divino. «Que en el domingo la señora Duquesa de Pastrana, la vieja, dé de comer á todo el convento; que D. Antonio de Mendoza escriba en octavas la relacion de la fiesta; y los jeroglíficos el señor Miguel de Cervantes, y han de ser treinta, y el pagar la pintura dellos al señor D. Martin Valero, y que se entreguen al mayor-domo de capilla.» Veinticuatro fueron en el año anterior, y tocaron á Lope de Vega. Diez habían de colocarse dentro de la basilica, y veinte en los muros de las huertas del convento y del duque, las cuales por toda la calle de Jesus avanzaban mucho, dejando buena plaza delante del templo, frente al cuartel de la guardia tudesca, entre las calles de Francos y Cantarranas.

Autorizaron con su presencia la procesion y festejos del año de 1614 el rey D. Felipe III, la reina de Francia, el príncipe de Asturias, el del Piamonte, y las más bizarras señoras y apuestos galanes de la corte de España, creciendo cada vez más la pompa y el boato. Con lo cual, á tiempo, en Febrero de 1615 y habiendo los religiosos descalzos entrado en escrúpulos, dijeron á la congregación que tenía que renunciar á la música y versos, á colgar la iglesia y á la procesion grande, por ser todo ello contra la abnegación, pobreza, severidad y humildad del trinitario instituto. Los esclavos (excepto seis) no se allanaron á semejantes condiciones, y acordaron mudarse de casa, hallando hospedaje en los clérigos menores, convento del Espíritu Santo. Ajústanse con él los capítulos para poder trasladar allí la hermandad; y, no levantándose y quitándose el sombrero, sino por medio de habas negras y blancas, se pone á votación qué había de hacerse. Cincuenta votos secretos decidieron la mudanza; pero los mismos seis de la otra junta desearon que no saliera de los descalzos la congregación.

Yo veo seguramente en aquella piadosa y agradecida minoría el voto de quien debió su libertad á los trinitarios redentoristas, y los amó y respetó como ángeles. De pocos nombres propios se vino á cuidar el secretario al comienzo del acta, contentándose con citar 16 que le parecieron de más bulto, é incluyendo á los 34 restantes en la etcétera «y otros muchos esclavos del Santísimo Sacramento;» muy pocos tambien firmaron el acta.

Perdida batalla tan honrosa, ¿qué tenía que hacer ya el antiguo cautivo de Argel? Bajó la cabeza y se restituyó á su mal abrigada casilla, sabiendo muy bien que, sin la voluntad de Dios, no se mueve la hoja del árbol.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

PEREGRINACION DEL PILAR.

Zaragoza 19 de Abril de 1880.

Sr. Director de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Muy señor mío: Voy á hacer á Vd. una reseña muy sucinta, porque mis muchas ocupaciones no me permiten otra cosa, de las brillantes funciones religiosas celebradas en esta capital los días 16, 17 y 18 del actual, con motivo de la Peregrinacion española á la Santísima Virgen del Pilar.

Durante los cuatro dias anteriores á los designados para dar ese público testimonio de amor y veneración á nuestra excelsa Patrona, ya se notaba una animación extraordinaria, precursora del conmovedor espectáculo que más tarde había de presenciarse esta siempre heroica y católica ciudad. La Junta de Peregrinacion y la Juventud Católica no se daban punto de reposo, en union de la Autoridad local, con objeto de preparar cómodo alojamiento á los reverendos prelados y señores sacerdotes, poniendo á su disposición el magnífico y grandioso Colegio del Salvador,

el de los PP. Escolapios y los Seminarios Conciliar y Sacerdotal, así como se ofrecia hospedaje á los demás romeros que no lo tuvieron de antemano ó no lo hallasen en las fondas, casas de huéspedes y posadas. Los trenes ordinarios conducian ya bastante número de piadosas familias ávidas de tomar parte en esa religiosa manifestacion de la más pura y acendrada fe, mientras otros peregrinos llegaban á pié desde Teruel y otros puntos, y los recibía una comision de la Junta organizadora, lo mismo que á todos los demás que por diversas líneas y á distintas horas entraban en la poblacion, dirigiéndose todos al momento á postrarse á las plantas de Nuestra Señora del Pilar en su santa y angélica capilla; produciendo todo ello una aglomeracion de gentes en las calles que afluyen al templo metropolitano donde se venera dicha imagen, cual sólo se ve en la festividad del 12 de Octubre; de modo que puede decirse que la romería empezó el día 13. En algunas tiendas de comercio había expuestos lujosos estandartes que habían de llevar determinadas Peregrinaciones, y varias ofrendas que se hacian á la Virgen; en la plaza del Pilar se situaban garitas para vender objetos religiosos; en una palabra, todo anunciaba la proximidad de un suceso grande y solemne.

Han visitado nuestra ciudad en las pasadas fiestas de 18 á 20.000 forasteros de diversas provincias de España, de los que unos vinieron con el piadoso objeto de la Peregrinacion, y otros atraídos por la curiosidad; contándose entre los de ambas procedencias al Nuncio de Su Santidad, reverendos obispos de Jaca, Huesca, Palencia, Cuenca, Sigüenza, Tortosa, Teruel, Leon y Calahorra, un numeroso clero de ésta y otras diócesis, los marqueses de Villanueva del Duero, los de Torán, los condes del Sol, la Listra y Castillon, la condesa de la Rosa, la familia del señor Salamanca, baron de la Torre, Sres. Trelles, Carulla, Lahoz, Marco, Villanueva y otras varias personas distinguidas que no es posible recordar, ni averiguar.

El Padre Santo concedia, á cuantos fieles se asociasen á la Peregrinacion al Santuario de Nuestra Señora del Pilar, la bendicion apostólica y siete años de indulgencia, así como tambien indulgencia plenaria á los que, habiendo confesado y comulgado, tomasen parte en las funciones religiosas. Y la Junta organizadora de la Peregrinacion invitaba á los fieles zaragozanos á que dejasen expedito el cuadro de la Santa Capilla en el acto de postrarse los peregrinos ante el altar de la Santísima Virgen, á fin de no defraudar sus deseos, como igualmente á que acreditasen su entusiasmo en estas demostraciones á su Pilar Sacrosanto, ya asociándose á los peregrinos, ya tambien tapizando é iluminando los balcones de sus casas.

Día 16. Llegó por fin este día, que era el designado para que los peregrinos hicieran solemnemente y todos juntos su entrada pública en la Basilica dedicada á la Santísima Virgen, reuniéndose al efecto en la Catedral de La Seo, para marchar desde allí procesionalmente por las calles de Don Jaime I, Coso, Alfonso I y plaza del Pilar á este Santo Templo, en cuya entrada habían de ser recibidos por el Eminentísimo y Rmo. Sr. Cardenal arzobispo, cabildo y clero del mismo. Inmensa muchedumbre invadía las calles del tránsito desde las primeras horas de la mañana; los balcones, engalanados con vistosas y variadas colgaduras, se veían henchidos de espectadores. Zaragoza rebotaba de júbilo por el homenaje de que iba á ser objeto su querida y adorada Virgen del Pilar; y sólo en algunos, pocos por fortuna, se leía en sus rostros la indiferencia y el sarcasmo con que presenciaban el bello cuadro que se extendía á su vista.

A las nueve de la mañana empezó á desfilar la procesion por medio de una apiñada multitud, yendo á la cabeza la rica cruz de la metropolitana de la Seo, acompañada de acólitos vestidos con lujosas dalmáticas encarnadas, y precedida de dos guardias municipales á caballo, siguiendo luego dos filas de peregrinos en número de 10.000 (según cálculo aproximado), distinguiéndose la procedencia de las distintas diócesis ó pueblos á que pertenecian, ya por los estandartes y banderas que ostentaban, ya tambien porque muchos curas párrocos forasteros iban al frente de sus feligreses. De trecho en trecho, beneficiados pertenecientes á los capítulos eclesiásticos de esta ciudad, revestidos con sobrepelliz y muceta, ordenaban las interminables filas de la procesion. Muchos de los señores sacerdotes y concurrentes lleva-

ban al pecho unas cintas de que pendían medallas conmemorativas del acto que tenía lugar. En tan numerosa y piadosa concurrencia figuraban personas de todas las clases de la sociedad, desde las más elevadas hasta las más humildes en uno y otro sexo, bellas y aristocráticas damas, hombres y mujeres del pueblo, más de 700 sacerdotes, una juventud católica, brillante é ilustrada, y personas respetables por su posición y por su ciencia, como D. José Sánchez Muñoz, hijo de los barones de Escriche; D. Miguel Sanz y Sanz; D. Vicente Lafuente, ex-rector de la Universidad Central, y otras que no es posible recordar, que

llevaban los magníficos y vistosos estandartes y banderas bordados en oro y plata, verdaderas obras de arte, que se destacaban á larga distancia unos de otros, formando cabeza de diferentes secciones de peregrinos en el orden siguiente: 1.º Un estandarte con la imagen del Salvador, del Círculo Católico de Obreros de Huesca. 2.º Otro con la imagen de San Lorenzo y la inscripción «Diócesis de Huesca.» 3.º Otro con la Purísima, de la villa de Cintruénigo. 4.º Una bandera con las inscripciones «A Nuestra Señora del Pilar,» «Diócesis de Tarazona.» 5.º Otro estandarte con la Virgen del Pilar, de los peregrinos

de Teruel. 6.º Otro con la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, perteneciente á Jaca. 7.º Otro con la imagen del Pilar, de la diócesis de Sigüenza. 8.º Una bandera con la imagen de Santa Ana, que corresponde á Tudela. Y 9.º, y resaltando entre todos, el bello y magnífico estandarte procedente de Madrid. Llamaban la atención en particular unos 80 ó 100 peregrinos de la diócesis de Jaca, cofrades de Santa Orosia, con el hábito propio de dicha hermandad, que consiste en un capote ó anguarina de color pardo, con esclavina y mangas, y á la espalda, pendiente de una cinta, un sombrero de fieltro color gris,

LA VERDADERA ESPAÑA.



ENTRADA DE LA PEREGRINACION DEL PILAR EN SANTA ENGRACIA DE ZARAGOZA, EN LA TARDE DEL 16 DE LOS CORRIENTES.

llevando además un baston de ocho palmos con un crucifijo de hierro en un extremo; viéndose también un joven y ejemplar fraile capuchino procedente de un convento que existe en la provincia de Navarra. En último término cerraban la comitiva el cabildo y clero del templo metropolitano de La Seo, los señores obispos arriba nombrados, menos los de Leon y Calahorra, que no llegaron hasta el día 17 por la noche, y el terno presidido por Monseñor Bianchi, Nuncio de Su Santidad.

Durante el curso de la procesion, que duró hasta las once y media, iban los peregrinos rezando, unos el Santo Rosario, otros cantando la Letanía, y todos con el orden, compostura y devoción más admirables, poseídos de un edificante fervor religioso, guiados sólo por la enseña de la fe, y manifestando de una manera enérgica, solemne y conmovedora que aún no se han extinguido en España las creencias del Evangelio, ni el amor y veneración á Jesus y su Santa Madre.

En esta forma llegó la Peregrinacion á la basilica del Pilar, la cual fué recibida por el Emmo. Cardenal arzobispo, vestido de pontifical, y la residencia de dicha catedral, prorumpiendo todos en atonadores y entusiastas vivas á la Virgen del Pilar, á la Religion Católica y á la Peregrinacion, contestados por los innumerables fieles que invadían las espaciosísimas naves de aquel santo templo. Pintar el entusiasmo que en tal momento reinaba en el pecho de los que entraban y de los que esperaban, es de todo punto imposible; era preciso verlo para comprenderlo; hay emociones que se sienten, pero que no hay lengua ni pluma que las describa. No me detendré en reseñar la magnificencia del templo. Pocos españoles hay que ignoren lo que es tan grandioso monumento. Sólo diré que lucían miles de luces distribuidas en la Santa Capilla, altar mayor, naves y capillas laterales; que se hizo pública ostentacion de las riquísimas alhajas y ornamentos que en el mismo se encie-

rran; y que todo producía un conjunto tan fastuoso sublime y encantador, que únicamente puede comprender aquel en cuyo corazón late el amor por Jesus y por María. Dentro ya de la Santa Capilla se dió principio al himno de la Peregrinacion, letra del joven sacerdote D. Florencio Jadel, y música del maestro de capilla Sr. Prádanos, que se cantó á grande orquesta, pero únicamente repetido su coro general y primera estrofa. El cardenal arzobispo de la diócesis celebró en el altar mayor la misa de la Virgen del Pilar, cantándose la misa de Mozart por una orquesta numerosa y bien dirigida; el Sr. Obispo de Sigüenza pronunció un elocuente discurso alusivo al objeto, y despues se entonó nuevamente gran parte del himno ántes mencionado, que acompañaban muchos de los concurrentes; concluyendo la funcion á las dos menos cuarto.

Conforme con el programa establecido, á las cinco de la tarde de este mismo día salieron los romeros

del Pilar, en número casi igual al de la mañana, y con el mismo orden y colocacion se dirigieron por las calles de Alfonso I é Independencia á la iglesia de las Catacumbas de Zaragoza á adorar las reliquias de los Santos Mártires, en la que entraban por grupos, por no permitir otra cosa el limitado espacio que ocupa aquel Santuario; lo que fué causa de que la procesion, al regresar á la basílica de Nuestra Señora por la acera derecha del Paseo de Santa Engracia, calles de Don Jaime I y del Pilar, no lo efectuara en la misma forma que salió, sino que entró en el templo con alguna interrupcion, siendo ya las ocho y media de la noche cuando lo verificaban los prelados y el cabildo metropolitano. Una vez allí, se cantó la Letanía Lauretana y la Salve con toda solemnidad,

se repitieron los vivas á la Virgen del Pilar y á la Religión Católica, y terminó este acto religioso á las nueve de la noche, con el mismo entusiasmo y concurrencia que se había observado por la mañana.

Día 17. En este día á las siete de la mañana empezó la Comunion general, y fué tal el concurso de gentes que acudió á prepararse á recibir la Sagrada Eucaristía que, no bastando los muchos confesonarios que hay en el grandioso templo del Pilar, se colocaban sacerdotes detras de las verjas de las capillas para establecer la separacion entre el confesor y el penitente; otros confesaban sentados en los bancos; y por último, hubo que destinar tres comulgatorios, uno en la Santa Capilla, otro en el altar de la parroquia y otro en el de San Braulio.

A la hora de costumbre se cantó la misa de la Virgen, oficiando el Sr. Obispo de Palencia, habiendo sido encargado de pronunciar la palabra divina el prelado de la diócesis de Cuenca, que estuvo inspiradísimo y conmovedor. La asistencia fué igualmente numerosa y constante como el día anterior.

Las siete de la tarde era la hora señalada para salir el solemnisimo Rosario general, que debía recorrer las calles de Convertidas, Prudencio, Virgen, Manifestacion, Mercado, Cerdan, Coso, D. Jaime I, plaza de La Seo y calle del Pilar; y en efecto, empezó á organizarse y aún á salir de la basílica..... La pluma se resiste á estampar lo que sucedió en aquel entónces. Sólo por la necesidad de ser fiel y exacto en mi narracion lo he de consignar. Cuando habian

LA VERDADERA ESPAÑA.



PEREGRINOS DE MONTSERRAT EN EL CAMINO DE COLBATÓ.

ya salido la mitad de los concurrentes y el templo estaba todavía ocupado por miles de personas, se dejó oír la fuerte detonacion de un petardo, que estalló en la Santa Capilla, y retumbando por las inmensas bóvedas del edificio, parecía que todo él se venía abajo. El pánico y estupor que tan incalificable acto produjo en el primer momento no es para descrito. Hubo atropellos, desmayos, lamentos, y la confusion consiguiente. No obstante, pronto se rehicieron los ánimos, y al mágico grito de ¡Viva la Virgen del Pilar!—¡Adelante!—se restableció el orden y continuaron desfilando los fieles hasta que salió toda la Peregrinacion. En la plaza del Mercado, un sujeto, que fué despues detenido por la Autoridad, disparó un pistoletazo, dando lugar á un nuevo tumulto y nuevos atropellos, que se producian por las carreras de los asistentes al Rosario y de los espectadores: unos huían, otros tiraban los cirios y se entraban en los patios; se rompieron varios faroles de los de la cofradía, que tanto llaman la atencion de propios y extraños; hasta que por fin se normalizó otra vez la procesion, gracias á los esfuerzos de todos. En las calles del Coso y D. Jaime I se reprodujeron la alarma y confusion, efecto de haber estallado otro petardo en la primera de dichas calles; pero entónces

los señores sacerdotes y muchos de los concurrentes dieron la voz de que todos permaneciesen en sus puestos y continuaran sin temor ni hacer caso de lo que en torno de ellos pasaba, y bajo la influencia de los acordes de la marcha real, que tocaron las músicas; de vivas á la Virgen del Pilar, y entre multitud de aplausos del público, que se hallaba en los balcones y aceras, se animaron todos y siguió el Rosario por tercera vez su interrumpida marcha hasta volver al punto de partida, sin que milagrosamente haya que deplorar desgracia alguna grave.

No es posible calcular el número de millares de personas que asistieron al Rosario, ni éste fué lo lucido que era de esperar, por causa de los incidentes referidos. Con todo, baste decir que la concurrencia fué numerosísima, habiéndose agregado á la de las dos procesiones del día anterior varias cofradías de esta ciudad, contándose 47 estandartes y banderas, 84 faroles, unos y otros magníficos (como sabe todo el que ha presenciado la festividad del Pilar del mes de Octubre), seis músicas, varios coros que cantaban el Rosario y Letanía, y todo ello presidido por seis señores obispos y cabildo metropolitano, y seguido de un piquete de infantería. A las diez menos cuarto de la noche acabó de entrar el Rosario en el templo del

Pilar; se colocaron todos los estandartes y banderas delante de la Santa Capilla, y agrupados todos los fieles á su alrededor, entonaron himnos religiosos y el de la Peregrinacion, victoreando finalmente á la Virgen del Pilar.

Día 18. Continuó en las primeras horas de la mañana la Comunion general, que no pudo terminar el día anterior. A las diez se celebró la misa mayor con la misma solemnidad y concurrencia que en los días precedentes; ofició de pontifical el Nuncio de Su Santidad, quien vestía la magnífica casulla que el Papa Leon XIII ha enviado como ofrenda á Nuestra Señora del Pilar; habiendo estado el sermón á cargo del señor canónigo doctoral, que, no por ser improvisado, dejó de ser muy notable y oportuno.

Por la tarde se cantó un solemne *Te Deum* á toda orquesta, situada en el balconcillo de la cúpula del altar mayor; el señor obispo de Leon dirigió sentidas frases á la inmensa muchedumbre que invadía el templo, entonándose luégo el himno de la Peregrinacion; y por último, hicieron los peregrinos la profesion de fe en la Santa Capilla de la Virgen: al frente de sus respectivos estandartes tuvo lugar la dedicacion de las banderas y objetos que la piedad de los fieles depositaba á los piés de Nuestra Señora, y ter-

minaron las funciones de la Peregrinacion con preciosos cánticos y entusiastas vivas á la Virgen del Pilar.

Durante las tres noches de los días 16, 17 y 18 han estado iluminados la fachada y exterior de la cúpula de la basílica del Pilar, y muchos edificios públicos y particulares.

Tal es, en resumen, la solemnidad que acaba de verificarse en esta capital, turbada únicamente por el desagradable incidente de la noche del 17. Sensible es que esta nube empañe el resplandor con que los peregrinos y la inmensa mayoría de estos habitantes han contribuido á honrar á nuestra excelsa Patrona la Virgen del Pilar. De esperar es que los romeros que nos han favorecido con su visita comprenderán que la conducta de unos pocos no ha de servir de norma para juzgar á toda una poblacion que conserva el recuerdo de la venida de la Virgen en carne mortal, y cuyo suelo está regado con la sangre de innumerables mártires.

Sírvase Vd., Sr. Director, dispensar la molestia que le haya causado la lectura de esta larga y desaliñada carta, y con este motivo tiene el gusto de ofrecerse de Vd. atento S. S.

Q. B. S. M.,
LAUREANO PLÁ.

LA MONTAÑA DE MONTSERRAT.

I.

En el centro de la industriosa y morigerada Cataluña, en la provincia de Barcelona, á los 41° 36' 18", latitud N. su pico más elevado, y á 5° 29' 59" ó 6, horas, 20' 12" longitud E. del meridiano de Madrid, y á 3.993 pies sobre el nivel de las aguas medias del famoso Llobregat (*Rubricatus* de los antiguos), ó 4.448 pies sobre el nivel del mar, en el clima 6.º, sobre los linderos de los antiguos condados de Barcelona y Manresa, á tres leguas (*el Santuario es el punto de partida de estas medidas*) de ésta hácia el Sur, y á siete de aquélla hácia N. O., y teniendo á Oriente y Sur el Mediterráneo, á 13 kilóm. 718 m. el ferro-carril de Zaragoza á Barcelona, á 19 kilómetros el del Centro, ó de Barcelona á Tarragona, en el extremo del obispado de Barcelona á que hoy pertenece, y aislada de las demas de su clase, se levanta arrogante y esbelta, cual una reina en su trono, una MONTAÑA calcada sobre un pedestal imperecedero de cuatro leguas de circunferencia (1).

Segura de que ninguna revolucion ha de destruirla, y con la conciencia de ser inalienables los títulos por los que posee sus inmensas riquezas, espera tranquila y recibe afectuosa los homenajes de los sabios, de los curiosos y de los creyentes que la visitan, y con una galantería sin igual á todos franquea los infinitos senos en que custodia cuanto tiene de más valía, de más hermoso y más raro, prestándose amable al más minucioso análisis del cosmólogo, del poeta, del asceta y del bardo, segura de que nadie agotará sus caudales, ni la reducirá á la indigencia, ni la dejará en descubierto.

Y esto en todas épocas, desde su aparicion sobre el globo, pero especialmente desde su metamorfosis hasta nuestros días, y así esperamos que continuará hasta que los días se acaben.

Codicada de cuantos la han conocido, se han tenido por dichosos todos los que en la sucesion de los siglos han dominado á Cataluña por la sola razon de contar entre sus conquistas la Montaña por antonomasia, y todos se han apresurado á designarla con un nombre especial que en su dialecto respectivo indicase su principio constitutivo, segun la opinion que de ella se habian formado.

No reputándola un todo homogéneo los que precedieron á la muerte de Jesus nuestro Redentor, sino una aglomeracion, la llamaron en caldeo *Mont-cells* ó *Montones*.

No hemos podido averiguar qué idea se formaron de esta Montaña los romanos, y por lo mismo no

atinamos con el significado de la palabra *Carráf* con que la distinguieron de las demas.

Los contemporáneos á la muerte del Redentor del hombre, al ver la coincidencia de la transformacion de esta Montaña con los fenómenos que tanto llamaron la atencion en el Calvario, expresaron la idea que de ella concibieron llamándola *Mont-estorcil* (*quasi tortus*), que significa la expresion de un gran dolor. Más adelante, y despues que una cruel venganza hubo traído los moros á España, no contentos estos crueles invasores con dominar al país, ni con tener en la esclavitud á nuestros padres, en su frenético empeño de arrebatar de sus corazones la religion que profesaban, é imponerles un idioma que rechazaban como bárbaro, al cúmulo de peñascos de que se compone esta Montaña le dieron el nombre de *Gis-taus*, que expresaba la idea de unas rocas siempre en vela, siempre de guardia, siempre vigilantes.

Cuando en el mismo siglo VIII nuestros nobles caballeros empezaron la reconquista de nuestro suelo, adelantando en ella, establecieron en esta Montaña sus castillos, y al izar en uno de éstos su bandera el providencial Carlo Magno, le dió el nombre de *Montsiat*, que en el idioma que el país usaba entonces expresaba la misma idea que más adelante expresó el nombre *Mont-serrat*, un monte aserrado, por figurar, al mirarse de lejos, que remata como dentellado, cual si fuese aserrado, con cuyo nombre, que ha continuado hasta nuestros días, es conocido en todo el mundo.

Y esta idea la ha confirmado el Monasterio, que desde los primeros días de su existencia ha tenido por armas una Montaña con una sierra, y ésta en actitud de aserrar en lo más alto de ella.

II.

No hay viajero de cuantos visitan al Montserrat que no sienta una admiracion profunda al ver su configuracion; y si alguno de ellos es geólogo ó mineralogista, se siente arrebatado á la meditacion de su origen y naturaleza.

Mirada por la parte del antiguo camino real de Barcelona á Madrid, llamado carretera del Bruch, que con relacion al Monasterio está al Poniente, parece un juego de bolos, porque sus picos ó pirámides están separados unos de otros; y apartándose algo más de la Montaña, especialmente vista al ponerse el sol desde el camino de hierro de Barcelona á Tarragona, presenta un panorama indescriptible y sin segundo, por aparecer en todas sus caprichosas formas con toques dorados, que son tanto más embelesadores cuanto sus sinuosidades los hacen campear más sobre sus sombras.

Mirada desde el ferro-carril de Barcelona á Zaragoza, y en su extension desde las trincheras del túnel de Olesa hasta haber perdido de vista á Manresa, presentan sus conos formas tan caprichosas, que la fantasía del viajero tan pronto ve en ella impenetrables murallas como inexpugnables castillos con sus almenas, antemurales, parapetos y profundísimos fosos que los circunvalan; jinetes montados en briosos corceles, monjes que miran al Poniente, reyes con sus cetros y coronas, y no ha faltado quién ha visto señoras con sus faldas y miriñaques, etc.; y si cien veces la mira, otras tantas encuentra ó se imagina objetos con los más minuciosos detalles y más pequeños rasgos en figura. Y estas ilusiones las experimenta por todas partes y siempre que recorre la Montaña en cualesquiera de las direcciones á que sus estudios ó curiosidad le conducen.

Mirada la Montaña en su totalidad, presenta la forma de un gran navío que tiene la popa hácia el Oriente, en que está el Santuario, sirviéndole á manera de timon la cueva en que fué hallada la Virgen, con la proa dirigida á Poniente, estando algo inclinada entre Norte y Levante, viniéndonos á indicar que María en esta Montaña es la misteriosa Nave que conduce á sus devotos al Puerto de salvacion.

Al contemplar el estudioso mineralogista y geólogo que la materia de que está formada es de piedras redondas calizas de diferentes colores, conglutinadas con tierra caliza amarilla y algo de arena, y que en ella se hallan tambien muchas piedras areniscas y cuarzós blancos redondeados, venados de rojo con piedras de toque, encajado todo en la brecha, y que el betun que une estas piedras se ha deshecho en muchas partes; que el cuerpo de la Montaña en general está formado de masas enormes de peñas, dis-

puestas por capas desde el grueso de medio pie hasta ciento, con rajás horizontales y verticales; que la direccion de las peñas es de Levante á Poniente, donde están inclinadas; que en ninguna época se han encontrado mariscos entre las partes componentes y compactas de las peñas, y si tan sólo alguno, aunque pocas veces, en su superficie y en los solos puntos frecuentados por el hombre, pierde la esperanza de poder combinar todas estas cosas con el sistema de la formacion de las montañas por el depósito sucesivo de los sedimentos del mar (1).

No se han desanimado ménos los que atribuyen su formacion á un volcan, porque luego de haber estudiado sobre cuanto han podido sujetar á exámen, así de lo que aparece en la superficie de la Montaña como de lo que entraña en sus inmensas cuevas, ó llámese su interior, no pudiendo combinarlo con los principios y efectos de los volcanes, han suspendido su juicio, y no han tenido suficiente valor, ó llámese atrevimiento, para afirmar que la forma de la Montaña de Montserrat, tal cual hoy se presenta, sea efecto de una causa impotente para producir las maravillas objeto de sus estudios.

No han faltado quienes, tan piadosos como sabios, no pudiendo aceptar teoría alguna de las que preceden, ni explicar por causas meramente naturales la formacion del Montserrat, han preguntado si esta asombrosa Montaña podria ser antediluviana, ó si podria ser una de las muchas bellezas con que la omnipotente palabra de Dios queria cautivar la admiracion del hombre que, conservando la inocencia original, no habria dejado de humillarse y adorar su pródiga bondad, rindiéndole, al verla, el debido tributo de adoracion y hacimiento de gracias.

Pero el humano saber, incapaz de dar razon-concluyente, y ni siquiera plausible, de la tesis cuya resolucion en vano se pretende hallar en las causas segundas, ó meramente naturales, si se humilla, se tranquiliza y goza, al parecer, considerando que al crear Dios la singular Montaña que admiramos tuvo en cuenta la más singular y admirable Mujer que habia de sentar en ella su Trono majestuoso, y quiso simbolizar en este inexplicable fenómeno de la naturaleza el todavía ménos comprensible de la gracia, de que estuvo llena la que fué Bendita entre todas las mujeres, y cuya Imágen, tan prodigiosa como la Montaña, es y debe ser la que excite nuestro amor y promueva el culto y la adoracion que la gratitud y el deber nos mandan tributar á la Madre del Criador, que es su arquetipo.

Mas como el raciocinio que precede no pasa de una arriesgada conjetura, que podria estimarse contraria á la creencia en la universalidad del Diluvio, y en oposicion con las ilaciones que los sabios han deducido de aquel espantoso cataclismo, por eso otros más avisados, y partiendo de otro principio, atribuyen la formacion del Montserrat á una gran causa naturalmente suficiente para producir el fenómeno, cuya explicacion en vano pedimos á la ciencia, de cuya existencia, vaticinada de antemano, nadie puede dudar sin renegar de la fe y sin sobreponer e satánico orgullo del espíritu privado á la autoridad de los libros santos, y á la en su línea muy respetable de la historia profana.

¿No admitiremos, dicen, como cristianos el terremoto que trastornó enormes rocas montañosas al expiar nuestros delitos en el Gólgota Jesus, el Hijo de Dios é Hijo de María? ¿Se nos ha probado que estos fenómenos fuesen exclusivos de Jerusalem ó de la Judea? Aparte del asombro que el desquiciamiento de que nos ocupamos causó al célebre astrónomo del Areopago, que hoy veneramos con el nombre de San Dionisio, y que le obligó á exclamar: *Aut Deus natura patitur, aut mundi machina dissolvitur*, como así era verdad, ¿no hay tradiciones respetables que designan otros montes de diversas partes del mundo que dieron señales de dolor, cual los de Jerusalem, en el mismo momento y por la misma causa? ¿Y estas tradiciones no honran como á uno de tantos á nuestro Montserrat?

Encuéntrense en esta Montaña muchas rocas hendidas y partidas de un modo que ha llamado siempre la atencion de los naturalistas, contribuyendo á

(1) Llégase al Santuario por tres caminos diferentes: por la carretera de Monistrol (magnífica bajo todos conceptos y que viene desde la estacion del mismo nombre: «por el sendero de Collbató, que tiene, contando desde la carretera general de Barcelona á Madrid, 7 k. 977 m.; y por la carretera llamada de Casa-Masana, que rodeando la Montaña va al Monasterio, por cuya via, y á contar desde el punto de la carretera general, en que concluye el camino de Collbató, hay la distancia de 19 k. 500 m.»—Dr. Arnás, «Historia de la Puda de Montserrat», pág. 72.

(1) En los sedimentos que al pie de la Montaña dejaron las aguas al retirarse y entre sus arenas se han hallado, especialmente en el bosque de la Casa Calsina, mariscos, que poseemos; pero ninguno entre las infinitas piedras que componen las inmensas moles de las rocas.

que muchos modificasen su parecer respecto á la formacion de la misma.

Hay una de enormes dimensiones, situada á la parte del Mediodía, y distante como dos tiros de fusil (hácia Poniente) del Pozo primero de los llamados *Pohetons*, en la que se ve una rendija en línea oblicua, la cual tiene partidas y rotas las especies de piedras de que se compone toda aquella masa.

Vense otras cuyas piedras quebradas no guardan su nivel, estando más levantados unos que otros los trozos que las forman, etc.

Pero la que más llama la atención, y es de más fácil acceso, es la que se nota en la que fué oratorio de San Salvador, ermita situada al Mediodía en un promontorio de peñascos de inmensas dimensiones y de mole formidable, en la cual se ve una rendija que tiene partidas de arriba abajo todas las especies de piedras de que se compone; fenómeno que ha sido objeto de mil meditaciones, y sentados en su cueva hombres eminentes, después de detenidas y concienzudas discusiones, han exclamado: *El dedo de Dios está aquí: aquí hay algo más que la naturaleza.*

EL ABAD DE MONSERRAT.

EL CONDE DE LEMOS, PROTECTOR DE CERVANTES.

ESTUDIO HISTÓRICO.

PARTE PRIMERA.

(1576—1609.)

I.

Grande y extraordinaria animación se notaba en el Palacio Real de Madrid, morada á la sazón del Rey D. Felipe III, en una mañana fría y lluviosa de los primeros días del mes de Diciembre de 1599. Los cortesanos entraban y salían presurosos, deteniéndose á veces en la antecámara de las régias habitaciones, donde todos hablaban y cuchicheaban de los acontecimientos del día.

Magnates, guardias y cata-riberas discurrían por el salón en amigable consorcio, y uno de éstos con aire de satisfacción decía:

—Mayor y más lucida corte tenemos hoy en la otra antesala del Marqués, que usarcedes en esta.

—No es cosa extraña, replicó uno de los ugieres; van á felicitar al Marqués, porque S. M., Dios le guarde (y al decir esto hizo una profunda reverencia, y con él los demás concurrentes), le ha favorecido en el nombramiento de Duque de Lerma.

—Y nunca he visto al Marqués tan franco, tan comunicable como desde que le hacen Duque. Me dió al verme un golpecito en el hombro, y me ofreció que muy luego saldría proveído.

—Llueven las venturas en casa del ministro. Hace muy pocos días desposó á su hija, la hermosa Doña Catalina, con el Marqués de Sarriá, su primo-hermano, y presto habremos de tocar las consecuencias de tal enlace.

—Y monta, que S. M. la Reina (nuevas inclinaciones de cabeza) ha hecho merced á la nueva Duquesa de la carroza con las pías que le dió el Duque de Mantua á S. M. pasando por Italia, la cual es muy rica pieza.

—Ayer, sin ir más lejos, salió en ella la Duquesa con otras señoras.

—Todo se lo merecen, y Dios se lo aumente, dijo el cata-ribera. Yo me voy de aquí á cumplimentar al Marqués y á la hija del nuevo Duque.

—Y yo al igual, dijo otro de los pretendientes. Voy á visitar al de Sarriá con carta de mi deudo Don Juan de Arquijo, que tantos obsequios hizo en Sevilla á su suegra la Marquesa de Denia en el mes de Octubre pasado.

—Si carta lleváis de Arquijo, gran cosa lleváis, que el Marqués nunca deja á un lado las recomendaciones de sus amados poetas.

II.

Poco más de un mes había transcurrido.

Era á mediados de Enero del año 1600 y había grandes novedades en Palacio, que traían preocupados á los cortesanos del Duque de Lerma y del Rey Felipe III. La camarera mayor, Duquesa de Gandía, había salido para Alcalá, privada de su car-

go; y se llevó el rigor hasta el punto de que ningún caballero la acompañase. De esto y de otras mutaciones se hablaba acaloradamente en los numerosos grupos que ocupaban la antecámara del Rey.

—¡Lástima grande, decía un oficial de la guardia, que nos quiten al Marqués de Camarasa!

—Es un valiente capitán y un cumplido caballero, decía otro de los interlocutores.

—Pero no lo es ménos el que S. M. (y al decirlo se inclinó con reverencia el anciano olcero que hablaba, y lo mismo hicieron todos los del corrillo) tiene señalado para sucederle.

—Pues qué, ¿lo sabe ya nuestro querido músico? preguntó el oficial.

—Si me ofrecéis callar y guardar para vosotros el secreto, os lo confiaré, tal como me lo ha dicho un amigo.

—Hablad, hablad, señor Espinel, y lo tendremos reservado.

—Pues, como sabéis, mi discípulo, que así le llamo y él me dice maestro, Lope Félix, me consulta sus versos.

—Y hace perfectamente, porque oído músico más delicado...

—Ni genio más descontentadizo, dijo entre dientes el oficial...

—Pues Lope, que hace años sirve de secretario al joven Marqués de Sarriá, yerno y sobrino del Duque de Lerma, me dijo que su señor es el designado para mandar la guardia de la Real Persona.

—¡Brava elección sería!

—¡Y tan buena!

—Mozo es, pero *florido en años y en prudencia cano*, según dice en su alabanza mi buen cordobés Don Luis de Góngora. Lo que yo dudo es que el Marqués acepte semejante encargo.

—Yo también tengo para mí que el Duque ha de reservarle para mayores empleos, añadió el oficial.

—Y es cierto que el Marqués hace tanta estima de Lope Félix de Vega?

—No solamente le confía todos sus secretos, y lleva todas sus cartas, sino que en el año último, ántes de la expedición de la corte á Valencia para recibir á nuestra Soberana, llevó el Marqués su condescendencia y las muestras de su afecto hasta el punto de encomiar con dos preciadas redondillas el poema castellano de San Isidro.

—Holgaria de leerlas.

—Pues escuchadlas, que es igual; téngolas de memoria, como otras muchas.

«Tan alto alzastes el vuelo,
Cantando á *Isidro*, que vos
Haceis que el santo de Dios
Hoy suba otra vez al Cielo:
Y por haberle subido
Queda, historiador sagrado,
Isidro más estimado,
Y vos á Dios parecido.»

—Poco se me alcanza de poesía; mas, con todo eso, no me parecen mal las redondillas.

—Yo vos las marco por buenas, dijo Espinel retirándose de los guardias, y podeis decir que al leerlas educáis el oído en el buen concepto de las antiguas coplas castellanas.

III.

Razon tenían de dudar los guardias del Rey Don Felipe.

A pesar de todas las variaciones que se hicieron en el personal de la servidumbre palaciega, no entró el Marqués de Sarriá en ninguno de los puestos vacantes, aunque todos fueron ocupados por personas afectas al Duque de Lerma. Y es que, en efecto, el favorito de Felipe III reservaba á su yerno para más altos empleos.

En el año de 1601 falleció D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lemos, sucediéndole en el título y estado su primogénito el Marqués de Sarriá; el protector de Lope de Vega, el amigo de Vicente Espinel.

Al pronto se habló del nuevo Conde para el virreinato de Nápoles; mas, dejándolo en suspenso, se le confirió la Presidencia del Consejo de Indias, cuando apenas contaba veinticinco años.

Personaje de tan altas prendas, que en tan temprana edad era propuesto como digno de los más elevados cargos, y que andando el tiempo fué uno

de los pocos que tendieron al gran Miguel de Cervantes una mano que le sacaba de la miseria y del abatimiento, haciéndose por estos rasgos de su noble corazón tan simpático á la posteridad, como admirable por sus demás merecimientos, bien tiene el de que nos ocupemos en dar á conocer los sucesos de su vida.

IV.

Don Pedro Fernandez de Castro nació en Galicia, probablemente en Monforte, pueblo de los estados de su padre, en el año 1576. Fué hijo del ya nombrado Don Fernando, y de Doña Catalina de Sandoval, hermana del Marqués de Denia, que luego fué Duque de Lerma.

Dice Vicente Espinel (1) que «desde niño tierno descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que, habiéndolo puesto su Rey en los más preeminentes oficios y cargos que provee la Monarquía de España, ha sacado milagroso fruto á su reputación, siendo muy grato á su Rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno, y muy loado de las naciones extranjeras.»

La educación que recibió fué proporcionada á sus talentos y á las esperanzas que en él fundaba su noble casa. Cultivadas por buenos estudios sus felices disposiciones, fué dando muestras de clarísima inteligencia y vivo ingenio, al par que de natural noble y generoso.

Como primogénito de la casa de Lemos, usó en sus primeros años el título de Marqués de Sarriá.

Apénas contaba veintidos de su edad, cuando recibió en calidad de secretario al gran Lope de Vega, que siempre conservó grato recuerdo de aquellos años, y guardó inalterable afecto á su señor.

Ya por esta época debía de ocuparse D. Pedro en ejercicios poéticos, pues á ellos debe referirse lo que Lope decía en la *Epístola* dirigida al Conde, que insertó en *La Filomena* (Madrid, en casa de la viuda de Alonso Martín, 1621), aunque escrita á lo ménos en el de 1608.

«Estilo superior, divina mano,
Pluma sutil de peregrino corte,
Arte divino, contrapunto en llano.
Soys del mar de escribir lucido Norte,
Pero direys que son lisonjas éstas,
Como me dan los ayres de la Corte.
Aunque si son verdades manifestas,
Díganlo las epístolas divinas
Que os escuché con tal primor compuestas.»

Por desgracia no se conservan, ó á lo ménos nunca las hemos visto, esas epístolas tan celebradas, ni otros rasgos poéticos de esta época, fuera de las dos redondillas con que en 1599 concurrió al encomio del *Isidro*, y ya dejamos recogidas.

V.

En la primavera de aquel mismo año, por el mes de Abril, se trasladó la corte á Valencia para recibir á Doña Margarita de Austria.

Con los demás cortesanos fué el Marqués de Sarriá, acompañado de su secretario, que escribió poética relación del viaje, y formó parte de los treinta y seis nobles que acompañaron al Marqués de Denia á Vinaroz á dar el primer saludo á la Reina. Iban todos vestidos de encarnado y blanco, con pasamanos de oro, y sendos criados con los mismos colores y pasamanos de seda. Venía Doña Margarita á casarse con Felipe III, y el Rey quiso verla ántes de ser conocido; salió secretamente de Valencia con el mismo traje que llevaban los caballeros, y se confundió entre ellos: vió á la Reina, y quedó muy contento de la hermosura, buena gracia y discreción de S. M., según dice Luis Cabrera de Córdoba (1).

Al volver la corte á Madrid ocurrieron en el Palacio las novedades que reseñamos al empezar, y se trató de conferir el mando de la Guardia Real al Marqués, según dice el mismo cronista.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

(Se continuará.)

(1) *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon*.—Madrid: Juan de la Cuesta, 1618.—Relación 1.ª.—Descanso 23.

(2) *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 á 1614*.

